ENTREVISTA A LEOPOLDO DE LUIS, POETA Y CRÍTICO LITERARIO

Francisco Esteve Ramírez

El responsable de la sección de cultura de una emisora de radio madrileña me pidió, en diciembre de 1991, que realizara una entrevista a algún estudioso del poeta Miguel Hernández. Para cumplir este encargo planteé a los responsables de la emisora la posibilidad de realizar la entrevista al poeta y crítico literario Leopoldo de Luis, propuesta que fue aceptada inmediatamente. La vinculación de Leopoldo de Luis con Miguel Hernández es clara y manifiesta ya que compartieron tertulias en el Madrid republicano, combatieron en los mismos frentes en la Guerra Civil y formaron parte de la Generación del 36. Por otra parte, Leopoldo de Luis ha sido uno de los estudiosos hernandianos más prolijo en ediciones de la obra poética del escritor oriolano, antologías, estudios sobre el autor de *El rayo que no cesa*, investigaciones sobre la vida y obra hernandianas, etc.

Cuando propuse a Leopoldo de Luis la invitación para realizar esta entrevista radiofónica me pidió que le entregara con anterioridad la relación de preguntas con el fin de preparar dicha entrevista. Tal como me solicitó Leopoldo de Luis, volví a su domicilio unos días después para entregarle las preguntas. En total fueron 25 las preguntas propuestas. El día de la grabación de la entrevista se presentó Leopoldo de Luis con una libreta escolar de la marca Centauro con las 25 respuestas escritas manualmente finalizando, con su firma, las 18 páginas manuscritas. Al finalizar la grabación me hizo entrega de la libreta, que conservo con un gran afecto.

Con motivo del centenario del nacimiento de Leopoldo de Luis, la Cátedra Miguel Hernández de la Universidad Miguel Hernández, junto con la Fundación Cultural Miguel Hernández, organizó, en Orihuela, los días 26, 27 y 28 de septiembre de 2018, el Curso "Miguel Hernández y Leopoldo de Luis: dos poetas comprometidos". En ese curso se dio a conocer, por vez primera, esta libreta manuscrita, leyéndose parte de la misma por el hijo de Leopoldo de Luis, Jorge Urrutia, y por el Director de la Fundación Cultural Miguel Hernández, Aitor L. Larrabide. Asimismo, esta libreta formó parte de la Exposición sobre Leopoldo de Luis organizada por la Biblioteca Pública "Fernando de Loaces", ubicada en Orihuela.

Pregunta. **¿Cómo y cuándo conoció personalmente a Miguel Hernández?**

Respuesta. En la primavera de 1936, una tarde lluviosa en que el poeta José Luis Gallego y yo nos refugiamos en la tertulia de un amigo suyo. Allí estaba Miguel, ocho años mayor que nosotros, pero abierto a la camaradería, incluso con quienes eran alevines de poeta. Yo acababa de comprar la edición de *Verte y no verte*, de Rafael Alberti, publicada por la revista *Cruz y Raya*. Hablamos de los poemas al toro de la muerte, emparentados con algunos de los de *El rayo que no cesa*, aunque las fechas de escritura hagan difícil cualquier dependencia. Recuerdo que Miguel acusaba los síntomas de un fuerte resfriado, lo que no tenía nada de particular, porque aquel mes de mayo fue muy desapacible. Ya no volví a verlo hasta la guerra y, concretamente, en el acto de homenaje en el Ateneo de Alicante, el sábado 21 de agosto de 1937. Yo convalecía en un hospital de mi primera herida en la guerra, y me alegró poder asistir a ese acto, en el que estuvieron dos jóvenes poetas alicantinos que conocí allí: Manolo Molina y Vicente Ramos. Miguel acababa de regresar de Extremadura, a cuyos frentes iría yo más tarde.

A primeros de septiembre realizó su viaje a Rusia. A su regreso volvimos a encontrarnos porque me llamó para interceder a favor de Justino Marín –el hermano pequeño de Ramón Sijé–, muchacho, al parecer, de poca salud, que iba a ser destinado a mi unidad. Miguel, que no dudó en jugarse la vida en el frente, quería, con su sentido de la amistad, proteger al jovencísimo muchacho.

P. **¿Podría describirnos su impresión acerca de su persona?**

R. Yo veía a Miguel como a un hermano mayor. Le admiraba. Me deslumbraba su condición de gran poeta. Era, a primera vista, poco hablador,

aunque muy escuchador. Sin embargo, su efusividad afloraba a poco de estar con él. Yo lo tuve siempre, desde mis 18 años, como un maestro de fácil trato y generosa palabra.

P. ¿Alguna anécdota respecto a Miguel Hernández?

R. Quizá una prueba de su cordialidad y facilidad de trato: cuando llevó personalmente a mi casa un ejemplar de *Viento del pueblo*, no me encontró a mí, pero sí a mis padres y a mi hermana. Entabló conversación con ellos, y dedicó el ejemplar a toda la familia.

P. ¿Qué recuerda de aquel libro, *Versos en la guerra*, escrito conjuntamente con Miguel Hernández y Gabriel Bladrich?

R. Aquel librito no pasa de ser una de las muchas publicaciones que en aquellos años surgieron, movidos por el entusiasmo y la indignación popular. El hecho de colaborar con Miguel fue una alegría, qué duda cabe. Sus poemas han pasado ya –por lo que a Miguel se refiere– a sus propios libros. Los de Baldrich son poco o nada conocidos. Los míos, la verdad, son muy poca cosa, y no creo que de ellos pueda salvarse más que la buena fe que puse con todo el fervor de los dieciocho años.

P. ¿Considera que Miguel Hernández fue totalmente autodidacto?

R. Todos los poetas son autodidactos, porque nadie enseña a hacer poesía. La poesía se aprende, pero no la enseña nadie, aunque parezca contradictorio. Se enseña a *escribir* mas no es posible enseñar a *hacer*, a *lograr*.

Ahora bien, si lo que se quiere poner de manifiesto es la ausencia de titulaciones académicas, es claro que Miguel no las tuvo. Tenía, sí, unos años de colegio, hasta los 15 de su edad, que, a mi juicio, le proporcionaría una primera base. Sobre ella, su gran vocación y su enorme fuerza de voluntad, forjó una cierta cultura literaria, aprendida en lecturas, aunque desordenadas, pero fecundas.

P. ¿Cuáles fueron los "maestros" principales de Miguel Hernández?

R. Los *maestros* del poeta siempre están en la vida y en los libros. La naturaleza misma y los avatares de la existencia dictan lecciones profundas. La obra de los demás poetas contagia siempre, se filtra siempre hasta

la propia sensibilidad. Cada vez que un poeta toma la pluma para buscar unas palabras, está posando sobre su mano una herencia de siglos.

P. ¿Qué destacaría, fundamentalmente, en la poesía de Miguel Hernández?

R. La capacidad de convicción y la solidaridad. Los poemas de Miguel ganan al lector desde las primeras de cambio, y su lectura nos hace sentirnos fraternos.

P. ¿Puede considerarse a Miguel Hernández como un poeta social?

R. ¿Quién si no? De tener que reducir a un solo nombre la poesía social española, ese nombre sería Miguel Hernández. No hay que confundir al poeta social con el poeta político. El poeta social siente como propios el dolor y la esperanza colectiva, hace suyos los problemas de unas clases sociales sacrificadas, *compadece* porque *padece-con*. El poeta social siente el peso de la injusticia y se preocupa por la condición humana, por el ser humano indefenso y maltratado, por ese ser impedido por las circunstancias de acceder a ser persona. Las condiciones políticas pueden ser ocasionales, transitorias y más o menos legítimas, sometidas siempre a intereses confusos. Lo social está por encima, y atañe a la dignidad y la justicia.

Miguel poseía un profundo sentido de la justicia y sentía en su conciencia la defensa de la libertad. Poemas como "El hambre" o "El sudor", como "El niño yuntero" o "Ascensión de la escoba", son, además de hermosos poemas, gritos sinceros que aclaman por la libertad y la justicia.

P. ¿Considera que sigue teniendo vigencia la obra de Miguel Hernández? ¿Por qué?

R. La gran poesía siempre tiene vigencia. Esto es, siempre posee capacidad de llegar a la sensibilidad de los lectores. La *moda* literaria siempre se queda en lo cortical; lo que cala es el sentido poético, interpretando la verdad humana. La poesía de Miguel se une a las razones de la existencia. En lo amoroso o en lo social. Es, por decirlo con la expresión de otro poeta –Garciasol– una "defensa del hombre". Hoy, cuando todos dicen defender los derechos humanos, en la obra de Hernández pueden encontrar referencias. Lo mismo cabe decir de la ecología: los poemas de Miguel miran la naturaleza. Ya lo decía él mismo: se bebía el paisaje.

P. ¿Cuál fue la influencia real de la Generación del 27 en la poesía hernandiana?

R. La Generación del 27 significa tanto en la poesía española que cuanto viene detrás le debe algo. Por otra parte, una generación no es una cosa rígida ni una escuela rigurosa. Los grandes poetas del 27 respiraban un aire común y crearon un "clima" irradiado y contagiado, pero tenían personalidades distintas. La mayor influencia para Hernández es la de Aleixandre. No sólo su amistad personal. Es verdad que la amistad personal de Vicente resultó para muchos enriquecedora y de importancia definitiva, pero a la poesía de Hernández llega también, esencialmente, el sentido trágico, de raíz cósmica, que del amor tiene Aleixandre. *La destrucción o el amor*, ese excepcional libro, el mejor libro de todo el surrealismo en cualquier lengua, fue una lectura trascendental y trastornadora para Miguel.

P. ¿Existió la Generación del 36?

R. Como yo me permito, modestamente, discrepar de los actuales –magníficos, por otra parte– profesores de Literatura, contrarios a la consideración en generaciones (con argumentos nada convincentes, por cierto), sigo creyendo no sólo que es un método válido, sino una realidad sociológica y aún biológica. Así, pues, creo que se puede –y se debe– hablar de una Generación del 36, amparadora de un grupo de poetas cuyos miembros nacen alrededor de 1910, que no rompen con sus hermanos mayores del 27, pero que adoptan nuevos temas (por ejemplo: el tema religioso, apenas visible en el 27, salvo en Gerardo Diego), inciden mucho en la revalorización de las formas clásicas y dejan de mirar a Góngora para volver los ojos a Garcilaso. Sus tres libros más representativos son – a mi entender- *Abril*, de Luis Rosales; *Sonetos amorosos*, de Germán Bleiberg; y *El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández.

Lo que ocurre con la Generación del 36 es que si bien en ella se dieron formas de vida iguales (como proponía Ortega en su teoría de las generaciones), no se dieron iguales formas de muerte. Quiero decir que la generación fue escindida por el tajo cruento de aquel verano. A su vuelta, todo era distinto. Es como si en un autobús viajan varios viajeros con semejantes apetencias de paisaje. De súbito, un accidente rompe el vehículo y obliga a que todos desciendan. Tras repararlo, cuando vuelven a subir, alguno ya no puede, se ha quedado en el camino; otros, se colocan en distintos asientos y ya miran el paisaje de manera distinta, e incluso le piden

otra cosa al panorama que se muestra ante ellos. El 36, estéticamente, no será continuismo sino para unos pocos. Otros, y Miguel el primero, tendrán ya talante diferente y responderán a nueva tesitura.

P. ¿Cómo ha repercutido la obra de Miguel Hernández en la poesía española?

R. Tuvo una gran influencia, y algunos temas muy representativos de la poesía de posguerra nacieron con él. Ahí está, por ejemplo, el tema del hijo. Es un motivo que tuvo algunos precedentes aislados: Unamuno, Enrique de Mesa, Díez Canedo... Pero como tema de amplia dedicación, es en la posguerra cuando se impone. Miguel lo trata con tan grave trascendencia como la que utiliza en poemas memorables: "Hijo de la luz y de la sombra", "Canción del esposo soldado", las famosas "Nanas de la cebolla" y tantas otras canciones de su *Cancionero y romancero de ausencias*.

P. ¿Cuáles han sido sus principales aportaciones en el estudio de la obra hernandana?

R. Yo no he aportado al estudio de la obra de Hernández más que mi fervor.

P. ¿Cuáles fueron las relaciones personales entre Miguel Hernández y Vicente Aleixandre?

R. Ya he aludido antes a esa amistad que enriqueció tanto a Miguel. Como es sabido, el joven oriolano se dirigió por escrito al autor de *La destrucción o el amor*, solicitando un ejemplar. Por cierto, que firmaba añadiendo a su nombre su condición –no del todo exacta, seamos sinceros– de pastor. La amplia cordialidad de Vicente facilitó en seguida el entendimiento.

P. ¿Qué puede decirnos sobre la influencia poética de Vicente Aleixandre en Miguel Hernández?

R. Miguel fue siempre fiel a esa amistad. Cuando, en plena guerra, pasaba por Madrid, acudía a la habitación de enfermo de Aleixandre, llevándole un saco de naranjas levantinas, que en el Madrid del asedio resultaban sustancioso y deseable regalo.

Al casarse Miguel y Josefina, quizás el único regalo que tuvieron de escritores fue el de Vicente: un reloj de pulsera que Miguel estropeó precisamente en Extremadura, al mojarlo cuando se bañaba en una alberca.

Nunca olvidó tampoco Vicente a Miguel. Es uno de los que más le ayudaron mientras estuvo en la cárcel. En las cartas de Miguel, se constatan estas ayudas. Tras la muerte de Miguel, Josefina encontró el apoyo y el consejo de Aleixandre. La primera publicación de un libro en editorial importante, un volumen de la colección Austral, se debió a gestiones suyas. La correspondencia con los editores de Espasa lo demuestra.

En cuanto a la poesía, ahí están varios textos de Aleixandre: dos capítulos de *Los encuentros* (libro de 1958) y una Elegía editada en los años cuarenta en "Cuadernos de las horas sitiadas" e incorporada posteriormente al libro *Nacimiento último* (1953).

P. ¿Qué influencia tuvo Pablo Neruda en la obra de Miguel Hernández?

R. Por lo que he dicho antes, creo más radical la influencia de Aleixandre que la de Neruda. La de Neruda quizá lleve consigo la comprensión de las cosas materiales: los objetos, las herramientas, los alimentos, el vino. De ambos llega a Miguel cierto contagio de la imagen surrealista y de la libertad formal. Miguel no fue nunca un poeta surrealista. Su mundo, no son los sueños, sino la realidad. Pero le atrajo la riqueza metafórica y las posibilidades creativas de los surrealistas, moviéndose a veces – concretamente, en unos cuantos poemas de 1936, incluso en algunos de guerra – en ese clima que el surrealismo crea.

En cuanto a la amistad de ambos poetas, no se olvide que, aun valorando mucho Miguel a los dos, en su poema "Llamo a los poetas" dice: "Con Vicente Aleixandre y con Pablo Neruda tomo silla en la tierra". Esto es: antepone a Vicente. Y que no se nos diga que se trata de exigencia del ritmo, porque el verso puede construirse de otra manera.

P. ¿Qué importancia tiene la metáfora en la poesía de Miguel Hernández?

R. Primero Góngora –y los gongoristas de la época-, después el surrealismo, el juego metafórico de Hernández es llamativo y sugerente. Su misión reside en enjoyar, en envolver la realidad para dárnosla de nuevo

recreada. *Perito en lunas*, por ejemplo, es una continua metáfora que salva de la sordidez y la vulgaridad un mundo enfermo y lo eleva a categoría artística.

Esto no cumple sólo un fin estético, sino que alcanza valor social, porque lo humilde también debe ser tratado hermosamente.

P. ¿Influencia de la poesía amorosa en la obra hernandiana?

R. Toda. La poesía en Hernández es, toda ella, un acto de amor. Amor a la mujer, amor al hijo, amor al pueblo, amor de amistad, amor a España (¡ Ay España de mi vida! / ay, España de mi muerte!, dice en un poema).

Concretamente, si a lo que alude la pregunta es al amor de hombre a mujer, lo más convincente es su verdad y su naturalidad. Miguel ha leído a clásicos como Garcilaso y quizá Herrera, pero no incurre en platonismos. Cuando escribe el soneto "Te me mueres de casta y de sencilla", está glosando un episodio repetido entre millones de parejas: dar un beso a la mujer amada. Pero ni Beatriz ni Laura; ni Isabel Freyre, ni Leonor Millán son una amada cierta y próxima. Si en el romanticismo de Hartzenbusch Diego de Marcilla muere sin poder besar a Isabel de Segura, en el soneto de Miguel el beso es algo real y la musa –como quería Rubén Darío- era de carne y hueso.

P. ¿Cuál es la importancia de la poesía lírica en la obra hernandiana?

R. Responde asimismo a un sentimiento auténtico. Es una poesía lírica, tanto cuanto la amorosa, porque en ella el poeta canta desde dentro, canta viviendo los temas como propios. La poesía lírica no es otra cosa que respirar por la herida, y esa herida le duele al poeta.

P. ¿Cómo juzga el teatro hernandiano?

R. Miguel tuvo siempre afición por el teatro. Lo cultivó con el entusiasmo que ponía siempre en cuanto tocaba. Lo que ocurre es que en su teatro predominan más los valores líricos que los dramáticos.

P. ¿Qué opina de los poemas de juventud de Miguel Hernández?

R. Todo poeta precoz, y Miguel lo fue, tantea caminos antes de orientarse. El adolescente Miguel, que era muy "poroso", muy receptivo, com-

prueba en sus primeras lecturas que él es capaz de escribir cosas parecidas. Y ensaya sus piezas iniciales un poco "a la manera de". Por eso, en tales piezas se adivina cuál fue la lectura que le inspiraba en ese momento.

Pero esos poemas fueron una suerte de aprendizaje. Probablemente Miguel los hubiera desechado. Es el inconveniente de las obras completas, recopiladas una vez desaparecido el autor y cuando ya no puede intervenir. Al tratarse de un poeta importante, su interés y su importancia se proyecta sobre cualquiera de sus borradores. Es inevitable, aunque a veces no sea justo. Ese es el motivo de que cuando Jorge Urrutia y yo recopilamos la obra poética completa, colocáramos sus poemas primerizos en apéndice y con un prólogo explicativo, destinado a lectores poco iniciados.

P. ¿Considera que Miguel Hernández está suficientemente estudiado?

R. Depende de lo que se entienda por "suficientemente". Siempre se puede decir una primera palabra sobre un poeta, pero nunca se puede decir la última.

P. ¿Cree que la bibliografía de Miguel Hernández está condicionada por su biografía?

R. Las interferencias extraliterarias han actuado contradictoriamente en la estimación de las obras hernandianas. Desde la España de la dictadura y la censura, fue vista como de tendencia anti-régimen. Se la estigmatizó y fue rodeada de silencio hasta donde pudieron lograrlo los censores.

Desde los grupos de oposición, se consideró al poeta y a su obra como una bandera de la resistencia. Más que leer su obra, se blandía como un hacha de guerra. Más que profundizar en los poemas, se enarbolaban como bandera.

Es cierto que cumplió un fin ejemplar y una función esperanzadora, lo que ya supone una misión noble y alta para la poesía. Pero Miguel es un gran poeta al margen de las circunstancias. Es verdad que algunos de sus poemas son piezas príncipes en la poesía del aherrojamiento, pero Miguel es un gran poeta y lo sería aunque no hubiera muerto en la cárcel. Es hora de que –sin necesidad de olvidar nada– aprendamos a leerlo desprovisto de adherencias extrapoéticas.

P. ¿Podría resumir las aportaciones principales de la obra hernandiana?

R. Contestar cumplidamente a esta pregunta requeriría un ensayo de muchas páginas. Someramente, y en síntesis casi telegráfica, puedo decir que *Perito en lunas* es un asombroso esfuerzo para sobrepasar estéticamente el entorno ingrato. *El rayo que no cesa*, el triunfo del decasílabo que recupera a Garcilaso sin olvidar a Quevedo. *Viento del pueblo* es la exaltación del heroísmo en defensa del pueblo. *El hombre acecha* refleja la cara cruel de la guerra, lo que tiene de miseria y degradación humana. Y el *Cancionero y romancero de ausencias*, una de las más hermosas y emocionantes joyas en la poesía amorosa de todos los tiempos.

P. ¿Compartieron frente en Extremadura?

R. Sí, Miguel estuvo en Extremadura en julio de 1937. Yo fui, en efecto, a Extremadura después, en 1938. No coincidimos, pero teníamos en común haber vivido la guerra en la misma trinchera de igual fuste, y haber contemplado los paisajes impresionantes, de esas tierras de Castuera, que sobrecogen el corazón e iluminan los ojos.